

ALIAS

Su vida es real, la historia es de película

ALIAS

Su vida es real, la historia es de película

Andrés Pachón

La biografía del estafador colombiano más buscado
en el mundo narrada en sus propias palabras.

GRIJALBO

ÍNDICE

Introducción	8
1	13
2	22
3	31
4	43
5.....	55
6	73
7	90
8	101
9	110
10	117
11	134
12	147
13	152
14	159
15	166
16	173
17	183
18	193
19	199
20	212
21	224
22	236

23	246
24	262
25	276
26	289
Epílogo	296
Agradecimientos	302
Fuentes audiovisuales y en línea	303

A Inés (Q.E.P.D.), mi abuela materna, por la disciplina que me inculcó desde que yo era un niño, y a Ana Victoria, mi pequeña sobrina, porque me recuerda el significado de volver a soñar.

*“Sin haber conocido la miseria es imposible valorar el lujo”,
Charles Chaplin (1889-1977)*

Nota del autor

El presente libro es una narración novelada de los testimonios entregados de manera voluntaria por su protagonista, Juan Carlos Guzmán Betancur, y como tal corresponde a él la responsabilidad de los eventos que se puedan derivar de los mismos. Algunos de ellos son de difícil comprobación y no se han podido verificar o constatar periodísticamente, por lo que se sugiere al lector darles el beneficio de inventario.

Las circunstancias de modo, tiempo y lugar procuran ajustarse fielmente a las situaciones descritas por Guzmán Betancur. Sin embargo, algunas de ellas fueron recreadas con fines literarios. De igual modo ocurre con las declaraciones de otras fuentes, las cuales fueron extraídas del libro que precede a ALIAS, titulado 'El suplantador. La historia real del estafador colombiano más buscado en el mundo' (Debate, 2011), el cual fue también escrito por Andrés Pachón.

Los nombres de algunas personas han sido modificados para proteger su intimidad.

Introducción

“El día más triste de mi vida”.

Juan Carlos Guzmán Betancur recuerda:

“Era el hotel Four Seasons de Nueva York, en una de las suites del piso cuarenta o algo así. Acababa de abrir la puerta cuando me invadió esa extraña sensación de abatimiento. Digamos que antes la había sentido, pero no del mismo modo que esa vez. Debió ser por aquello del año viejo. Era, precisamente, la noche del 31 de diciembre de 2003 y yo contaba con veintisiete años de edad.

“Hacia sólo tres días había llegado de Curazao tras un viaje de crucero y estando allí decidí irme para Nueva York y rentar esa suite en el Four Seasons. Era grande, con sala y comedor, una habitación rematada con una cama king y un baño precioso en mármol blanco, pero por sobre todo era minimalista de una forma exquisita. La elegancia está en lo mínimo, no en contar con un montón de cosas, y aquello caracterizaba a esa suite.

“Ese 31 de diciembre salí temprano del Four Seasons y caminé hacia la Quinta Avenida en busca de los almacenes de lujo de Manhattan. Me dirigí a la tienda de Yves Saint Laurent, la que queda entre la Quinta Avenida y Madison, en el Midtown East, y compré únicamente ropa de color azul oscuro para ponérmela ese día. No sé ni siquiera por qué lo hice. Luego bajé una cuadra y media, hasta el local de Cartier, y entré allí para curiosear. Al final terminé comprando un reloj Pasha y un anillo de oro que sólo me cupo en el dedo meñique de la mano izquierda. Era precioso. Tenía una pantera agazapada a la que se le apreciaba bien la cabeza. Los ojos eran unas esmeraldas y la nariz, un ónix. Todo el animal estaba cubierto con diamantes, no se le veía el oro por ninguna parte. Como otros tantos caprichos que me había permitido, decidí regalármelo ese día. Pagué por él treinta mil o cuarenta mil dólares, algo así. Luego caminé un rato más aprovechando que no nevaba y regresé al hotel en la noche para cenar.

“Después de aquello subí a la suite y fue entonces cuando tuve esa enfermiza sensación de abatimiento. No soy un comprador compulsivo, sino más bien depresivo. Haberme ido de compras todo el día sólo reflejaba mi verdadera condición. Durante años quise olvidar mi pasado comprándome cosas. Había logrado menguar duros recuerdos a costa de objetos, pero sólo hasta esa noche caí en la cuenta de lo solo que me encontraba. No tenía a nadie con quién compartir nada. Me sentía ínfimo, desolado. Las amistades no lograban llenar ese vacío, y con mi familia había decidido romper desde muchos años antes.

“Nikolay¹, un amigo ruso que se encontraba en Nueva York para visitar a su padre, me había llamado hacia las diez de la noche para que nos encontráramos en el Marriott Marquis de Time Square. Su padre había rentado una habitación allí con vista a la plaza y Nikolay esperaba que celebráramos en ese lugar la llegada del año nuevo. Quería que viéramos juntos la tradicional bola de cristal descender desde lo alto del edificio One Times Square un minuto antes de la medianoche. Le dije que no, que no me sentía bien. A decir verdad, me sentía pésimo.

¹ Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

“Pedí que me llevaran a la suite una botella de champagne Cristal. Recuerdo bien que pagué dos mil dólares por ella. Apagué las luces y me metí en la cama mientras bebía. Encendí la televisión, pero en lugar de ver algo me quedé boca arriba, mirando al cielorraso. Me puse a llorar. No podía dejar de llorar. Fue así durante toda la noche. En la calle, el jolgorio por el año nuevo se vivía tanto como en las suites vecinas. Unos chicos habían rentado tres o cuatro habitaciones y disfrutaban de una party de lo más tremenda. Aquello era drug, sex and rock and roll. Más temprano uno de ellos me había invitado a que me pasara por allí, pero no andaba para fiestas. Sencillamente no andaba para nada.

“Recostado en la cama me puse a recordar. Para entonces llevaba diez años fuera de mi hogar. Había decidido irme y armar mi propia vida conforme con mis reglas, pero en el camino abandoné la idea de hacerme médico y terminé convirtiéndome en ladrón. Era a eso a lo que me dedicaba. Robaba en algunos de los hoteles más lujosos del mundo. No a todas las personas. No a tíos pobres. Sólo a gente con plata por pastón. La policía me acusaba de haberme hecho con al menos un millón y medio de dólares a lo largo de esos diez años, pero yo sabía que era mucho más.

“Algunas personas me habían señalado de sicario y prostituto, e incluso pasé un par de años guardado en prisión. De a poco mi nombre fue publicado por los medios. Escribían mi apellido de maneras distintas cada vez, pero todos coincidían en referirse a mí como un truhán. Cuando no, mencionaban alguno de mis alias. Sumaban una decena por esa época. Soporté vejámenes y humillaciones, golpes y acusaciones. Sin embargo, nada de eso me había afectado tanto como la atmósfera de aquella vez en Nueva York. No sé aún por qué, pero ese ha sido el día más triste de mi vida.

“Al día siguiente almorcé en un restaurante belga con Nikolay y su padre, un respetado neurocirujano de la ciudad. El señor me vio tan mal que me preguntó: '¿Pero qué te pasa?'. Le comenté lo que me había ocurrido la noche anterior y entonces me dijo que sólo debía encontrar a alguien en mi vida con quién compartir. Nada más que eso. Él y Nikolay me propusieron que fuéramos juntos a Moscú. Me dijeron que no tenía caso seguir en Nueva York ni un minuto más. Entre ambos me convencieron y al final terminé yéndome con ellos. Dejé la ciudad al cabo de un par de días. Era algo a lo que ya me había acostumbrado por cuestiones de trabajo. Me resultaba emocionante ir de aquí para allá todo el tiempo. Al fin y al cabo, nunca sabes qué vas a encontrar ni en quién te vas a convertir en el próximo destino”.

Por cuenta de la prensa, desde el 1 de junio de 1993 el colombiano Juan Carlos Guzmán Betancur, un chico de casi 17 años, delgado, alto, de tez trigueña y cabello oscuro ensortijado, había pasado de ser un muchacho humilde e impopular en Cali¹, la ciudad en la que vivía con su familia, a convertirse en un referente para los indocumentados en Estados Unidos y en una celebridad en su país.

Su caso salió a la luz pública luego de que en la madrugada de ese día fue descubierto al parecer inconsciente y con hipotermia en el suelo de una de las plataformas del aeropuerto de Miami, a donde

1 Cali es la capital del departamento del Valle del Cauca, ubicada en el suroeste de Colombia.

llegó como polizón en el tren de aterrizaje de un avión de carga Douglas DC-8 de la aerolínea colombiana ARCA¹ después de tres horas de vuelo.

En un comienzo su situación fue comparada con la de otro polizón, Armando Socarrás, un joven cubano que el 3 de junio de 1969 viajó de La Habana a Madrid del mismo modo -y en el mismo tipo de avión- para huir del régimen castrista, y de quien Juan Carlos se habría enterado de alguna manera para imitar su hazaña. Sea como fuere, el hecho es que luego de que fue llevado al Hospital Panamericano² de Miami dijo llamarse Guillermo Rosales, ser huérfano y contar con apenas catorce años de edad, lo que de inmediato le granjeó el aprecio de la comunidad colombiana residente en la Florida, que lo ensalzó como un héroe.

Por unos días las cosas estuvieron bien, pero luego de que se conocieron sus mentiras las circunstancias empezaron a cambiar. Menos de un mes después de su llegada, las autoridades consulares colombianas que atendían su caso se enteraron de su verdadera identidad. De hecho, las averiguaciones del cuerpo diplomático junto con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF)³ y el Departamento de Inmigración de Estados Unidos permitieron saber que no era huérfano y que estaba por cumplir los diecisiete. Con la evidencia en la mano, pronto el andamiaje del muchacho empezó a caer.

La versión de que llegó en el tren de aterrizaje del avión fue puesta en duda por algunos de quienes se apersonaron de su caso. Inferían que Juan Carlos debió viajar en la bodega del aparato con complicidad de alguna persona, y que sin dinero con qué poderla sobornar, habría pagado el favor con servicios sexuales. Después de eso no faltaron más rumores. Empezaron a saltar como sapos las historias de que se dedicaba a la prostitución, de que había sido sicario en su país y de que en Miami, luego de abandonar el hospital y ser albergado por una familia de colombianos, habría empezado a robar objetos menores a costa de mentiras. Otros tantos cotilleos apuntaban que Juan Carlos debió huir de Cali tras presenciar un crimen en un autobús y que entonces recibió de alguien 150.000 pesos⁴ para que abandonara la ciudad.

Para nadie había duda de que la historia de chico polizón le cambiaría la vida para siempre, pero a la larga las cosas no resultaron como se esperaba. Al cabo de un mes de estar en Miami fue regresado a Colombia, y menos de dos semanas después de eso fue detenido en el aeropuerto El Dorado, de Bogotá, mientras intentaba subirse en otro avión. Aquello no fue óbice para que en diciembre de ese mismo año (1993) se las arreglara para volver a Estados Unidos, pero entonces fue deportado una vez más.

Por un tiempo desapareció. De él sólo se supo varios años después, cuando a mediados de 2005 la prensa de Reino Unido lo describió como un sujeto cercano a los 30 años, de más de un metro con ochenta de estatura y talla media, ojos oscuros, nariz ancha, labios gruesos, cejas pobladas y con un pequeño lunar entre estas como rasgo más característico. Los titulares indicaban que había huido de

1 Varias fuentes documentales y testimoniales, entre ellas el propio Juan Carlos Guzmán Betancur, aseguran que el viaje como polizón ocurrió en un avión de Aerolíneas Colombianas (ARCA), pero sitúan a esa empresa en la ciudad de Barranquilla, en el Caribe colombiano, lo que no se corresponde con la realidad. ARCA fue fundada por el capitán Hernando Gutiérrez en Bogotá en 1956, mientras que la única aerolínea de carga en la zona atlántica de Colombia para la época en que sucedieron los hechos era Líneas Aéreas del Caribe (LAC), fundada en 1974 por el capitán Luis Carlos Donado Velilla. Según los archivos consultados, LAC se especializó en el transporte de flores hacia Miami, pero no tenía aviones tipo DC-8, como sí contaba con ellos ARCA, que también volaba a esa ciudad.

2 Actualmente conocido como Hospital Metropolitano.

3 Entidad estatal colombiana fundada en 1968 como respuesta a las problemáticas que afectan a la niñez en el país.

4 El peso es la moneda colombiana. Equivalente a unos 38,16 dólares estadounidenses para la época en la que se reeditó este libro, en 2022.

una prisión cercana a Londres y que era buscado por las autoridades, luego de que se convirtió en un fino ladrón que actuaba por su cuenta, hablaba cinco idiomas, no usaba la violencia y contaba con al menos diez identidades diferentes.

Su nombre fue incluido en los registros de Interpol luego de que el gobierno francés empezó a buscarlo, y varios años después -cuando estaba preso en Estados Unidos- lo solicitó en extradición por una serie de robos ocurridos en París. Se trataba de dinero en efectivo, alhajas, relojes de marca y ropa de diseñador que junto con otros robos de los que se le responsabilizó en varios países a lo largo de una década alcanzaban un millón y medio de dólares.

Juan Carlos Guzmán Betancur anduvo la calle desde muy joven. Abandonó su hogar luego de que la relación entre su madre y el padrastro que tenía por aquel entonces se echó a perder. Fueron tiempos en los que todos los espacios de la casa sirvieron como cuadrilátero de boxeo para resolver las diferencias. Salvo por los estudios secundarios que validó mientras purgó condena y por su “universidad de la vida”, su formación nunca fue mayor. Hoy en día es un hombre vanidoso. Asegura tener la ciudadanía española, contar con mas dinero que un profesional con doctorado y lucir más estilo y glamour que muchos nuevos ricos. Usa gafas de sol marca Cartier y un maletín cruzado Louis Vuitton en el que carga su portátil.

Durante años rehusó hablar con la prensa. Rechazó correos, llamadas telefónicas y visitas en prisión de todo aquel que estuviera relacionado con los medios, y aunque no llegó a admitirlo, en el fondo temía que cualquier declaración acabara por hundirlo más ante la ley. Eran épocas en las que los procesos de extradición por cuenta de un par de países parecían esperarlo a la vuelta de la esquina. Se le señalaba de robos que aunque no fueran de su autoría parecían ser maquinados por nadie más que él.

Para los días finales de febrero de 2012 Juan Carlos Guzmán Betancur estaba prácticamente limpio. Acababa de abandonar una prisión en Estados Unidos luego de pagar una sentencia de treinta meses y algo más por robo e inmigración ilegal. Entonces decidió viajar a Colombia para encargarse de una serie de asuntos personales. Hacía pocos días había terminado un tratamiento de fármacos contra la depresión que le produjo aquel encierro. Una depresión que, pese a todo, no recordaba más que la de ese 31 de diciembre en Nueva York.

Mucho antes de que narrara ese episodio, su vida fue siempre relatada por terceros; una serie de versiones que daban cuenta de un avezado estafador de quien todo mundo se atrevía a hablar pero que a la larga nadie conocía. Para Juan Carlos Guzmán Betancur estaba claro que ahora, de regreso a la libertad, había llegado el momento de que él mismo contara su versión.

Primera parte.
Una chance de la vida

1

“No era un depravado, simplemente un malnacido”.

Juan Carlos Guzmán Betancur nació el 26 de junio de 1976 en Roldanillo, un municipio al norte del departamento del Valle del Cauca, vecino a Cali, fruto de una relación pasajera de su madre, Yolanda Betancur, con Óscar Guzmán Tovar, un gamonal de la región con una treintena de hijos en su haber. De todos ellos Juan Carlos era el menor, aunque aquel se negaba a reconocerlo.

Un año antes de que Juan Carlos naciera, su madre -una joven enfermera local- había tenido otro hijo con el hombre, pero tampoco por ese llegó a responder el gamonal. Y para colmo, aún antes que ellos dos, la mujer había parido otro varón, fruto de una relación pasajera con un sujeto ajeno.

Con tres hijos a cuestas y sin recursos suficientes, la mujer debió encargarle a sus hermanas y a su propia madre el cuidado de los niños para irse de lleno a trabajar y conseguir un poco de dinero extra, sin dejar de mencionar que la búsqueda de una pareja con quien levantar el hogar parecía habersele convertido en un derrotero en su afanosa vida de madre soltera. Con todo y eso a Juan Carlos nunca le faltaron padrastrós con quienes convivir... o al menos intentarlo.

El muchacho creció en medio de la pobreza, alejado del ambiente de narcotráfico que se vivía en la región, un mundillo de lujos estrambóticos con el que nunca comulgó. Iba a la escuela pública con sus hermanos pero compartía poco con otros niños. Guardar distancias con los demás hacía parte de las normas de la casa, pero a él le venían bien, tanto como el puré de ahuyama que debía comer tres veces al día todos los días porque no había dinero para nada más. Aún así aquello le encantaba. Veía cómo su abuela lo preparaba en la casona de bahareque que tenía en un pueblo llamado Guayabal, en las postrimerías de Roldanillo, cerca del río Cauca¹.

Sin posibilidad de conocer más allá del paupérrimo vergel que rodeaba el lugar era imposible anhelar la riqueza de otros. Su mundo no pasaba de los sembrados que de modo artesanal hacía su abuela, Leonor², de las calles calurosas de Roldanillo y de los cielos con arboles al final de la tarde, usualmente cruzados por aviones de líneas comerciales en tránsito hacia Cali, con los que le gustaba fantasear. Hasta entonces solo había viajado en avión una vez y desde aquel momento la experiencia le pareció fascinante. Fue a la edad de seis años, en un trayecto más bien corto que hizo de Pereira³ a Bogotá junto con sus dos hermanos y su madre para pasar vacaciones.

Cristian Andrade, un sujeto que dice haberle conocido en la infancia, lo recuerda como un chico alto que usaba pantalones cortos y chancletas y que tenía por mascota un cerdo al que le ponía moños para sacarlo a pasear. Andrade asegura que siempre tuvo la impresión de que Juan Carlos era marica. “Lo único que lo obsesionaba eran los aviones. Cuando veía alguno volando encima del pueblo decía que un día él estaría allá, arriba”. Esther, la madre de aquel sujeto, respalda esa versión: “Venía a la casa a jugar con un hijo mío, pero se la pasaba más en el espejo y la cocina. Decía que él era muy lindo para

1 El río Cauca es uno de los más caudalosos y largos de Colombia, con 1.350 kilómetros de extensión. En su recorrido pasa por más de 180 municipios del país.

2 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

3 Ciudad ubicada en la región centro-occidente del país, en la Cordillera Central de los Andes colombianos.

estar pasando trabajos”¹ de jornalero, como al que se dedicaban varios de los muchachos de su edad.

Juan Carlos asegura que no recuerda a ese hombre ni tampoco a esa mujer, como sí que jamás tuvo una mascota como para llegar a ponerle moños. Por entonces su madre debía ingeniárselas para darle de comer a él y a sus hermanos, por lo que haber tenido una mascota habría significado un lujo que no podía alcahuetear.

De aquella época de su vida Juan Carlos Guzmán Betancur recuerda:

“Mi padre era un ganadero casado con una señora llamada Yolanda Pozo, con quien tuvo nueve de sus treinta y dos hijos. Yo era el menor de todos, pero mi madre también tuvo con él a mi hermano Edward², aunque nunca respondió por ninguno. No tengo idea de cómo mi madre lo conoció. Ella habla poco de eso, pero lo cierto es que el gilipollas³ no nos quería reconocer. Un día, un amigo de mi madre, que era narco o algo por el estilo, se apareció en la casa del viejo y con revólver en la mano lo sacó descamisado a la calle para que fuera a una notaría a responder por nosotros.

– O los registras o te mueres, hijoeputa -le dijo.

“Y como en el pueblo era bien conocido el carácter de aquel señor, pues no le quedó otra al gilipollas que darnos el apellido⁴. Así fue la cosa. La verdad del asunto es que a mi madre se le hizo muy difícil tener que criar tres hijos que prácticamente le llegaron de la noche a la mañana. A veces la emprendía contra nosotros, pero no creo que fuera porque quisiera hacerlo, sino porque no tenía la experiencia para criarnos y eso la desesperaba. Era muy joven. A mí, por ejemplo, me tuvo a los veintitrés años. Debía trabajar y le resultaba difícil cuidarnos, así que buena parte del tiempo estábamos en casa de la abuela. Ella es tan estricta como mi madre, pero físicamente opuestas. Mi abuela es una señora bien parecida, blanca, rubia, de ojos claros, alta. Mi madre, en cambio, es trigueña, apenas mide un metro con setenta, es un poco regordeta y usa gafas, pero se manda un carácter de los mil demonios.

“Aquel era un entorno complicado también para nosotros. Sin embargo, mis hermanos y yo éramos muy felices, unos chiquillos sin noción de qué era la riqueza o la pobreza. Nos protegíamos entre sí. Andábamos sin zapatos, nos bañábamos en el río Cauca y manteníamos llenos de barro. A veces comíamos ahuyama todo el día, pero para mí era delicioso, me daba igual comerla o no todo el día todos los días. Era una vida excelente, de lo mejor. A veces, cuando el río se desbordaba por las lluvias, debíamos salir corriendo de casa de la abuela en la madrugada, aunque eso para mí no era una tragedia, sino un paseo. Por fortuna nunca nos pasó nada, y para entonces mis hermanos ya eran excelentes nadadores.

“En total somos tres hermanos de madre: Edward, que apenas me aventaja un año y que también es hijo de mi padre, y Carlos Daniel⁵, el mayor, quien me lleva cinco años de diferencia. Él nació de la

1 Según versión del diario El País, de Cali. Publicación del 4 de octubre de 2009.

2 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

3 Modismo español que significa estúpido.

4 Según Juan Carlos Guzmán Betancur, el hecho se produjo el 31 de enero de 1977, seis meses después de que él nació.

5 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

relación que mi madre tuvo con otro sujeto. Se trataba de un señor adinerado de La Unión¹ que lo amaba hasta el cansancio y nunca lo desamparó. Todos los fines de semana mi hermano iba hasta su finca y allá la pasaba bien con sus abuelos y sus tíos. Era el niño rico de la casa, el afortunado. Mi padre, en cambio, resultó ser de lo peor con nosotros.

“Recuerdo que cuando él murió² yo ni siquiera llegaba a la adolescencia. En aquel entonces vivíamos en una finca en Fusagasugá³. Edward y yo estábamos jugando fuera de la casa cuando en esas nos llama mi madre y nos dice que nuestro padre ha fallecido. Nos lo dice en el tono habitual en que suelen darse esas noticias. Pese a lo granuja que ese tipo fue con ella, parecía como si la noticia la hubiera entristecido. Lo cierto es que a Edward y a mí no se nos dio nada con la muerte de ese viejo. Por el contrario, nos entraron unas risotadas de lo más impresionantes. Juro que en verdad fue así como ocurrió.

– ¿Se murió el viejo? ¡Bien por él! -saltamos a decir.

“La muerte de mi padre no me importó en lo absoluto en aquel entonces ni mucho menos me importa ahora. No lo extraño para nada, aunque sé que mi madre aún guarda algunas fotografías tuyas como recuerdo.

“Un par de años después de que mi padre murió, quise conocer a mis otros hermanos, los hijos de su matrimonio. Debía tener unos trece años por entonces y fui donde la viuda, Yolanda Pozo, para verlos. La mujer ni siquiera me invitó a seguir a su finca. Me atendió en el portón e hizo llamar a uno de sus hijos, uno que venía siendo hermano mío. Cuando aquel llegó la vieja de inmediato se despachó conmigo. Se me quedó mirando y me dijo:

– Todas estas tierras eran de tu padre, pero cuando él murió no nos dejó absolutamente nada. Lo hemos tenido que sepultar en una tumba de la familia. Así que por acá no hay nada que vengas a buscar.

“Con esas me salió la vieja mientras el hijo la secundaba. Yo ni siquiera iba a reclamarles ningún céntimo. Únicamente me interesaba conocer a mis hermanos. De todos ellos a duras penas mantengo contacto con una de las mujeres que vive en Cali. Curiosamente está casada con el médico que atendió a mi madre en el momento que me parió, en el hospital general de Roldanillo”.

José Guzmán, uno de los nueve hijos de la relación que mantuvieron Yolanda Pozo y Óscar Guzmán Tovar, recuerda de manera diferente el momento en que la familia conoció de la existencia de Juan Carlos y de su hermano, y asegura que incluso la oportunidad sirvió para enterarse de la relación extramitrominal que sostenía su padre con la madre de los dos chicos.

Según cuenta José Guzmán:

“Nosotros nos enteramos de la relación de nuestro padre con Yolanda Betancur cuando una vez ambos se pelearon y ella vino hasta nuestra casa y nos trajo a Edward y a Juan Carlos para que nos hiciéramos

1 La Unión es uno de los 42 municipios que conforman el departamento del Valle del Cauca. Está localizado en el norte de éste y dista 163 kilómetros de Cali.

2 Óscar Guzmán Tovar habría fallecido por causa de un derrame cerebral en 1986, según versión del diario El País, de Cali. Publicación del 4 de octubre de 2009.

3 Fusagasugá es un municipio colombiano vecino de Bogotá. Es la capital de la provincia del Sumapaz, en el departamento de Cundinamarca, ubicado en la región central de Colombia.

cargo de ellos. Los dejó ahí y se fue. Estaban muy niños, debían tener tres o cuatro añitos de edad. Ante eso, mi mamá se despabiló y dijo: 'Pues que se haga cargo Óscar, no yo', y tan rápido como Yolanda los dejó mi madre se los llevó a la comisaría de Policía. La verdad es que no podíamos asumir su cuidado y tampoco estábamos obligados a hacerlo. Éramos nueve hermanos en la casa y había muchos gastos. Por lo que supe, mi padre llegó al rato a la comisaría y se encargó de regresar los niños con Yolanda, no sé bajo qué arreglo.

“En realidad nunca supe si mi papá apoyaba económicamente a Yolanda para el sostenimiento de Juan Carlos y su hermano. Supongo que sí la apoyó en un comienzo, porque no de otro modo ella habría esperado a que los niños tuvieran unos cuatro años para llegar a hacer el reclamo. Lo cierto es que después de esa primera vez Yolanda volvió a dejar a los niños en una comisaría alegando falta de recursos para sostenerlos e inasistencia por parte de mi padre, pero no sé cómo se solucionó ese enredo. Por ese entonces yo tenía unos quince años y a esa edad uno no se metía en cosas de adultos.

“Así que más allá de saber que mi padre era un mujeriego tampoco tuve muy claro nunca cómo conoció a Yolanda. Algunos rumores familiares dicen que la conoció en Zarzal¹. Primero tuvieron a Edward y luego a Juan Carlos, pero aparte de ellos dos tengo como veinte hermanos más por relaciones extramatrimoniales. Sin embargo, mi padre sólo los reconoció a ellos y a una mujer, hija de otra relación.

“Pese a las circunstancias mi familia nunca discriminó a Juan Carlos y a su hermano, pero hay que ser claros en algo: yo era un adolescente y ellos, unos niños, de modo que por esa diferencia de edad no tuvimos mucha relación. Luego mi padre se divorció de mi madre y se fue de la casa con otra mujer. Incluso creo que por esa mujer fue que dejó a Yolanda, de modo tal que mi padre se desvinculó por completo de ella y se desentendió de los dos niños.

“Pasó mucho tiempo desde entonces para que yo volviera a ver a Juan Carlos. Fue una vez que él llegó a la casa para pedirnos plata. En esa época yo tenía poco más de treinta años y él debía rondar los quince. Recuerdo que parecía un hippie de pies a cabeza: traía el cabello largo, sandalias y una camiseta. Me dijo que no había comido nada y que tenía hambre, por lo que lo invité a tomar una gaseosa y al final le regalé algo de dinero. Esa vez me agradeció, se fue y nunca más lo volví a ver... al menos en persona”.

Aún antes de ser un adolescente y vivir el desencuentro con la señora Pozo, Juan Carlos y sus hermanos compartieron buena parte de su tiempo con la abuela materna en la casona que la mujer tenía en Guayabal, donde también permanecían bajo el cuidado de cuatro tías. Por aquella época su madre, Yolanda, estableció una relación con otro hombre, el primero de otros con quien conviviría bajo el mismo techo y que haría las veces de padrastro de los muchachos. Sin embargo, las cosas fueron de mal en peor tanto para ella como para los chicos.

En palabras de Juan Carlos Guzmán Betancur:

“Cuando éramos pequeños mis hermanos y yo debimos quedarnos a vivir un tiempo junto con mi abuela y mis cuatro tías. Vivíamos todos en la casona de la abuela en Guayabal, en Roldanillo.

¹ Zarzal es uno de los 42 municipios que conforman el departamento del Valle del Cauca. Está localizado en el norte de éste y dista 132 kilómetros de Cali.

Recuerdo que debía ser el año 1985 ó 1986 para ese entonces y mi madre se fue a vivir a Cali. Ella era enfermera. Trabajaba lidiando pacientes en sus casas. Así que mientras ella trabajaba, nosotros la pasábamos todo el día en la casona bajo el cuidado de mis tías. Mi abuela también tenía un empleo y por eso no podía velar todo el tiempo por nosotros. Trabajaba en unos cultivos que eran de propiedad de una señora alemana. La gente la conocía como 'la viuda Brehmen', pero gracias al cielo ya falleció porque era una vieja malísima, indolente con sus trabajadores. Era tan mala que incluso una vez su hijo se hizo pasar por secuestrado para poder sacarle algo de dinero. ¡Joder! Vaya majadera era esa tía.

“Mi madre estuvo algún tiempo en Cali, pero luego se retiró de la enfermería. Regresó por nosotros, nos sacó de estudiar y nos llevó a vivir con ella a Buenaventura¹. Allí conoció a otro señor con quien se organizó, Fulvio Aguirre². Entre ambos tenían unos locales en San Andresito³ de esa ciudad. Recuerdo que el tipo era todo un personaje. Era comerciante, pero mantenía bebiendo y apostando. Incluso una vez llegó a perder el televisor jugando a las cartas. A veces podía hacer millones con el juego, pero luego perdía todo en una noche.

“En Buenaventura estuvimos más bien poco. Mi madre y él vendieron todo y nos regresamos a Roldanillo, pero ya no a la casona de la abuela. Rentaron una casa muy grande detrás de la iglesia principal, en el centro de la ciudad, y me volvieron a poner junto con mis hermanos en la escuela. Fue allí donde aprendí a leer y a escribir, pero a las malas. No era un chaval indisciplinado, sólo que simplemente no me entraba lo que me enseñaban. A mi madre aquello la alteraba, y venga que con el geniecillo que se gasta la emprendía a fuele contra mí. 'Ten, para que aprendas', me decía, y enseguida todos en la casa se enteraban de las palizas que me daba. Se trataba de una casa de dos niveles. Nosotros vivíamos en la parte alta y abajo era un inquilinato. No rentaban más que habitaciones en la parte baja, pero las diferencias sociales eran bien marcadas entre un nivel y otro. Los de arriba veníamos siendo como de clase media, pero ni bien bajabas la escalera ya eras considerado un pobretón. Así de marcada era la cosa. El estrato social estaba a una escalera de distancia.

“Mi madre aprovechó el espacio que tenía en esa casa y entonces improvisó una pequeña sastrería. Tiene tanta habilidad para la costura que de hecho fue ella quien nos confeccionó toda la ropa cuando estábamos pequeños. Con esa sastrería se hizo unos pocos pesos durante todo un año. Al cabo de ese tiempo nos marchamos del lugar. Volvimos a hacer maletas y nos fuimos a vivir a Bogotá como por tres meses. Íbamos de un lugar a otro todo el tiempo, como un judío errante. El peregrinaje terminó cuando de Bogotá seguimos a Fusagasugá. Allí nos establecimos un par de años en una finca de un señor llamado Arcesio, un amigo de Fulvio que lo contrató para que cuidara ese lugar. La pasamos verdaderamente bien en Fusa, pero a medida que el tiempo transcurrió las cosas empezaron a cambiar.

“Fulvio era un hombre viejo que de a poco dejó ver su lado quisquilloso. Un día amanecía de buenas pulgas y al otro ni nos miraba. Lo que comenzó como una serie de diferencias esporádicas con mi madre terminó convirtiéndose en una racha de peleas diaria. Todo eso nos afectaba de tal modo que incluso Carlos Daniel, cansado del asunto, decidió un día escaparse de la casa. Por una semana no supimos nada acerca de él, pero al cabo de ese tiempo regresó. Luego, del daño mental se pasó al físico. Fulvio empezó a golpear a mi madre por cualquiera que fuera el motivo de sus disgustos. Lo hacía más fuerte cada vez, y cada que intentábamos defenderla también llevábamos del bulto. Terminábamos recibiendo unas tundas impresionantes. Éramos sólo unos niños y no podíamos con él.

1 Buenaventura es una ciudad ubicada en el departamento del Valle del Cauca. Es el puerto marítimo más importante de Colombia sobre el Océano Pacífico, distante 115 kilómetros de Cali y está separado de ésta por la Cordillera Occidental de los Andes.

2 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

3 Nombre con el que se conoce una serie de pasajes comerciales en Colombia.

Otras veces, cuando llegaba borracho a la casa, la emprendía con nosotros, pero nunca llegó a agredirnos sexualmente. Fulvio no era un depravado, simplemente un malnacido.

“Un día mi abuela se enfermó y mi madre debió viajar de urgencia a Roldanillo. Nos dejó solos con Fulvio esa vez. El viejo aprovechó la situación y empezó a darnos órdenes como si se tratara de un capataz. Mandó a Carlos Daniel a hacer una diligencia, pero éste, que lo quería menos que cualquiera de nosotros, se negó. La ira del viejo llegó a tal punto que a poco estuvo de ahorcarlo. Para calmar los ánimos, Edward y yo sacamos de la casa a Carlos Daniel y nos fuimos a dar una vuelta. Había un cafetal muy cerca de la finca, así que nos metimos por entre él y empezamos a caminar hasta que fue de noche. Hacía un frío espantoso, parecía un páramo. Caminamos hasta tarde esa vez, pero cuando regresamos a la finca e intentamos entrar nos dimos cuenta que el desgraciado de Fulvio había trancado la puerta con cerrojo. No nos dejó pasar. Por más que golpeamos y gritamos nunca quiso abrirnos. Nos estábamos congelando allí afuera, pero ni por eso el desgraciado se condolió. Tuvimos que hacernos campo entre los perros que cuidaban la finca y pasar la noche en una garita, acostados en el suelo.

“Otro día Fulvio intentó golpear a Edward, que es un alma de Dios. Por ese entonces yo no estaba en la finca. Me habían enviado donde la abuela, a Roldanillo, sin ninguna explicación. Era así casi todo el tiempo. Me decían: 'Vete donde la abuela'. Nada más. Lo cierto fue que cuando Fulvio intentó agredir a Edward, mi madre -que estaba allí- salió corriendo para defenderlo, resbaló y terminó clavándose una estaca en el pie. Me contaron que sus gritos de dolor resonaban por todo el lugar de un modo desesperante. Estuvo mal por un tiempo, pero al final se mejoró.

“Con todo y eso la relación de Fulvio con mi madre duró por cinco o seis años más. No entiendo cómo lograron soportarse tanto. Era un vínculo masoquista. Cuando ambos se cansaron de Fusagasugá, nos regresamos a vivir al Valle. Llegamos a Cali. Yo debía tener diez u once años cuando entonces. Rentaron una casa cercana a la cárcel de Villanueva, el centro de reclusión para hombres de esa ciudad, y se hicieron con un pequeño local en un pasaje comercial. Allí vendían cualquier cantidad de cachivaches. Se les veía bien en el día, pero cuando regresaban a la casa en la noche se volvían a pelear. No había quién los separara.

“Uno de los agarrones mas fuertes que recuerdo entre los dos sucedió cuando vivíamos en esa casa. Ocurrió un domingo. Fulvio había comprado mazamorra¹ y me obligó a sentarme en la sala a bebérmela con él. Tenía en el estéreo unos tangos sonando a todo taco. Le encantaban. Estaba bebiendo licor desde hacía horas, entonces tomó la taza de mazamorra y le vació una buena cantidad de whisky mientras yo apenas lo miraba prevenido.

– Tené. Tomátela -me convidó.

“Me acercó la taza a los labios, pero mi madre -que andaba por ahí- alcanzó a ver todo eso y lo contuvo. Le dijo que no me diera ese brebaje, que yo apenas era un niño. Pero Fulvio seguía obstinado en hacérmelo beber.

– ¡Qué hijueputa! Ya está en edad de tomar -le dijo con soberbia-. Que aprenda a ser un varón.

“Mi madre no se quitó ni un instante del lugar. Se quedó apostada ahí repitiéndole a Fulvio que no me diera aquello, pero Fulvio continuó empeñado en el asunto.

1 Postre de maíz bien cocido al que se le agrega leche y bicarbonato de soda durante la preparación.

– Hacedle pues, tomátela -me insistió el viejo sin quitarme la mirada de encima.

“Yo no sabía ni qué hacer, pero en esas mi madre reaccionó. Le quitó la taza, la puso sobre una mesa y me agarró de un brazo para sacarme de allí. Aquello desató la rabia de Fulvio. Apenas dimos media vuelta agarró la taza y sin pensárselo dos veces la lanzó con todas sus fuerzas hacia mí. La sentí zumbar sobre mi cabeza y volverse añicos contra la pared. ¡Crash! Entonces se armó el jaleo más tremendo. Mi madre se volteó y le gritó a Fulvio: '¿Estás loco o qué hijueputa?!', y antes de que terminara siquiera de decirlo, se enzarzaron entre ambos a puñetazo limpio. Parecían machos ese par.

“Esa vez mis hermanos y yo nos fuimos de la casa con mi madre. Nos sentamos con ella en un parque cercano a terminar de pasar el día. No hacía más que llorar. Me dolió mucho verla así. Cuando llegó la noche dormimos donde una amiga de mi madre. Al otro día regresamos a la casa para empacar todo e irnos a vivir a Florida¹, donde la madrina de mi hermano mayor. Pero antes de salir mi madre quiso vengarse de lo que le había hecho Fulvio. Agarró unas tijeras y le rompió toda la ropa a ese hijo de puta.

“Pese a todo, después de aquel tropel Fulvio y mi madre regresaron. La reconciliación también sirvió para mudarnos nuevamente. Esa vez nos fuimos a un apartamento. Quedaba en un edificio esquinero en pleno centro de Cali. En todo caso, al cabo de pocos días, las riñas entre ellos volvieron como antes. Una mujer que vivía con su hija un piso más arriba que nosotros se enteraba de todo cuanto nos ocurría, pero a diferencia de los otros vecinos ella buscaba interceder. Se asomaba por una de las ventanas de su apartamento y corría en auxilio nuestro cuando veía a Fulvio dándole de hostias² a mi madre. Era una buena mujer. Aconsejaba a mi madre para que se alejara de Fulvio, pero en el fondo mi madre aún lo quería. De a poco, el escaso cariño que sentía por él se fue apagando a tal punto de que la relación finalmente se acabó. Esa vez fue definitivo. Ocurrió mientras vivíamos ahí mismo, como consecuencia de otra riña, ésa sí más particular que cualquiera de las otras.

“Recuerdo bien que mi madre estaba picando algo con un cuchillo en la cocina mientras mis hermanos y yo aguardábamos sentados en la sala. De repente, Fulvio salió del baño y se paseó desnudo frente a nosotros, sin ningún asomo de pudor. Caminó hasta la cocina y cruzó justo por detrás de mi madre, que sólo hasta entonces lo alcanzó a ver. Estaba furiosa por la falta de respeto. Trató de alcanzarlo en la entrepierna con el cuchillo que tenía, pero Fulvio la esquivó, fue más ágil y la desarmó de un puñetazo. Entonces se armó la de Troya. No hubo quién los separara, aunque tampoco hizo falta. En medio de la paliza, mi madre, como pudo, lo agarró por los pies y lo tumbó. Fulvio cayó al suelo como atontado y viéndose desnudo empezó a sentirse vulnerable. Mi madre se le fue encima y sacando fuerzas no sé de dónde lo arrastró desde ese segundo piso hasta el portón. Lo llevó en tumbos por la escalera casi hasta la calle. Para cuando la policía llegó al lugar la escena no podía ser menos dantesca: se encontraron con un hombre en pelotas buscando zafarse de la golpiza de su mujer. No sabían ni a quién arrestar. Al final terminaron deteniendo a Fulvio.

“A mi madre no la arrestaron, no al menos esa vez. A ella ya la habían arrestado antes, pero solo en una ocasión. Eso fue en Roldanillo y yo aún estaba bien chico. Ocurrió porque le devolvió una agresión a una mujer que la había emprendido contra mí. La tipa me lanzó algo desde el puente que atravesaba el río mientras yo estaba en el portón de la casa. Lo hizo con el fin de provocar a mi madre, y venga que lo logró. Ella se dio cuenta del asunto, se quitó unos zapatos de plataforma que usaba en aquel entonces y sin mediar palabra se los aventó a la tipa, con tan mala suerte que desatinó y le dio de hostias a un

1 Florida es un municipio del departamento del Valle del Cauca, ubicado en el suroeste de la región.

2 Modismo español que significa puñetazos.

señor. El pobre hombre al río fue a parar. ¡Joder! De todas formas la cosa no acabó allí. Mi madre se quedó con las ganas de revolcar a la vieja y a los pocos días justo va y se la encuentra. Se le va encima apenas la ve y le da una paliza de puta madre que termina por romperle un brazo. Para colmo, la tipa estaba en embarazo y resultó ser la esposa de un policía. Así que no hubo caso. Agarraron a mi madre y la metieron en una estación como por tres días. Sólo pudo salir cuando mi abuela llegó a pagar la caución”.

Luego de que la relación entre Fulvio y la madre de Juan Carlos terminó, la situación económica se hizo apremiante. Junto con sus tres hijos la mujer debió pedir posada en el apartamento de una amiga que a su vez era madre de otros dos muchachos. Entre todos debían compartir un espacio de poco más de sesenta metros cuadrados en un barrio deprimido de Cali. Fue sólo cuestión de tiempo para que el hacinamiento en el lugar se hiciera insoportable. Pese a la buena voluntad de la mujer, la madre de Juan Carlos se sintió avergonzada con aquella. Retiró a Juan Carlos y a Edward de la escuela pública y los envió donde la abuela, mientras que a Carlos Daniel -el mayor- lo envió donde su padre.

Durante esa temporada ella conoció a otro hombre, Jaime Vinasco¹. Se trataba de un sujeto divorciado, padre de tres muchachos y quien trabajaba como contador en un conocido liceo de la ciudad. Entre ambos rentaron un apartamento en el mismo conjunto de edificios donde su amiga le dio albergue. Al cabo de los días Juan Carlos, Edward y Carlos Daniel estuvieron de vuelta y entonces pudieron conocer a quien en adelante sería su nuevo padrastro.

Según Juan Carlos Guzmán Betancur:

“Jaime era una persona muy estricta y aún lo sigue siendo. Tuvo una infancia muy difícil, luego de que no compartiera mucho con su padre y de que su madre le quemara las manos por haberse comido algo sin su permiso. Es disciplinado, recio. Parece un militar y quiere dar ese tipo de crianza todo el tiempo. Aún así es un buen tipo, no de otro modo mi madre seguiría viviendo con él hoy en día.

“Entre él y mi madre han tenido diferencias, pero nunca como las que se presentaron con Fulvio, a quien de hecho nunca más volví a ver. Jaime ha sabido respetar a mi madre. Nunca siquiera le ha golpeado. Sus discusiones no pasan de una que otra palabreja, lo normal. Sin embargo, con nosotros él siempre quiso posar de profesor. Eran tiempos en los que Carlos Daniel y yo -que hemos sido los más rebeldes- buscábamos la manera de llevarle la contraria. Lo hacíamos cada que trataba de enseñarnos mientras nosotros queríamos seguir en nuestras cosas. Aunque sus regaños me resbalaban, no ocurrió igual con Carlos Daniel. Con el paso del tiempo ambos llegaron a detestarse de tal modo que apenas si se podían ver.

“Las cosas entre ambos eran de grueso calibre. Un día, mientras Jaime almorzaba, le dijo algo a Carlos Daniel que a éste para nada le gustó. No sé qué fue lo que le dijo, pero lo que sea que hubiera sido envalentonó de tal modo a mi hermano que fue directo a su habitación y regresó -en silencio- con un machete en la mano. Era un regalo que hacía poco le habían dado. Todos los demás estábamos allí almorzando, pero aquello nos tomó por sorpresa, con la cuchara en la boca. No tuvimos tiempo de advertir nada, sino hasta cuando Carlos Daniel se le acercó por detrás a Jaime con ganas de cortarle la cabeza. Parecía un segador. Alcanzó a tomar impulso y blandir el machete en el aire con violencia, pero entonces se contuvo y terminó dándole un planazo tan verraco en la espalda que Jaime apenas supo

1 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

retorcerse, como si le hubiesen dado de latigazos. Sonó tal cual. El azote fue tan fuerte que la marca de la hoja le quedó impresa en todo el lomo. Eran dos gallos que seguramente ha de tener marcados todavía. Joder, que ahora me parto de la risa cada vez que lo recuerdo, aunque en ese momento la cosa produjo de todo, menos gracia.

“Por mi lado, no tuve mayores problemas con Jaime. Sólo me pegó una vez. Recuerdo que fue luego de que perdí unos exámenes en el colegio. Me dio tanto miedo por esos resultados que entonces preferí pasar la noche fuera del apartamento. Me quedé andando por ahí con mis hermanos y uno de los hijos de Jaime, de quien nos habíamos hecho amigos. Al otro día regresamos. Creí que para entonces Jaime ya se había ido a trabajar, pero resulta que me equivoqué. Apenas crucé la puerta me saltó encima y empezó a azotarme con un cable. Era un cable de plancha, lo recuerdo bien. Mi madre estaba allí y no hizo nada. Ella también nos pegaba. Eran unas palizas horribles. Acostumbraba a tener un reajo de cuero y nos fustigaba con eso... Son cosas que prefiero no recordar. De todos modos, fue hace mucho tiempo ya.

“En ese apartamento, como de costumbre, duramos solo un tiempo. Luego nos fuimos para una casa en el barrio Puerta del Sol¹. Allí Carlos Daniel se consiguió un perro doberman, y mi mamá, un pincher. Debíamos alimentarlos con sobras porque no había dinero con qué comprarles concentrado. De vez en cuando me tocaba ir hasta la plaza de mercado de Alfonso López² y recoger un frasco grande en el que una señora nos echaba los sobrantes de su negocio. Era una mezcla de todo tipo de embutidos con salsa de tomate.

“Recuerdo que una vez debí pasar a recoger el frasco al mediodía, después de salir del colegio. Un amigo me acompañó, pero al regreso teníamos tanta hambre que paramos en un parque, destapamos el tal frasco y nos empezamos a comer todo eso. Contrario a lo que pudiera pensarse, la carne resultó ser de lo mejor. Nos dimos un manjar con retazos de salchichas, mortadelas y jamón como jamás habíamos comido. Nadie en la casa llegó a enterarse de eso, pero los perros debieron soportar hambre un par de días”.

1 Puerta del Sol es uno de los barrios que integra el deprimido Distrito de Aguablanca, un suburbio en el oriente de Cali. Contiene un veinte por ciento de la población de la ciudad, lo cual representa unos quinientos mil habitantes.

2 Alfonso López es un deprimido sector de Cali, cuyo nombre corresponde al de un expresidente de la República de Colombia.

Cuando alcanzó los quince años, Carlos Daniel emigró del hogar. Se fue junto con un primo a vivir en un cuarto de alquiler buscando hacerse independiente y formar una familia con la joven que hoy en día es su mujer. Un par de años después, fue Juan Carlos el que se marchó. Si bien es cierto que con Jaime las cosas no eran tan difíciles como con sus anteriores padrastros, la recia disciplina que imponía, junto con los correazos que a menudo recibía de su madre, fueron motivo suficiente para que se aventurara a tomar esa decisión.

Aquello implicó dejar atrás a Edward y a la abuela, con quienes esporádicamente siguió comunicándose. De hecho, cada cierto tiempo regresaba para visitar a la mujer y quedarse sólo un par de días. Para entonces, ella había vendido su casona en Guayabal e ido a vivir con Nancy¹ -su hija menor- a casas de alquiler en Roldanillo. Sus otras hijas habían emigrado ya también, algunas incluso fuera del país. Nancy era con quien Juan Carlos más compartía y fue la última en partir. Lo hizo varios años después, luego de que formalizó su relación con un hombre de origen holandés residente en Aruba, donde ahora -según Juan Carlos- tiene una boutique y una panadería.

Nancy es una mujer guapa. Tiene un rostro agraciado, rematado por unos ojos negros saltones, y un cuerpo bien proporcionado, y es dueña de un carisma y un carácter desbordantes. La buena relación entre ella y Juan Carlos vino dada por un asunto de correspondencia generacional, toda vez que apenas se llevan unos cuantos años de diferencia. Nancy es también la más apegada a la abuela. De hecho, después de estar un par de años en Aruba, regresó por ella y se la llevó consigo a la isla. Desde entonces la abuela jamás volvió a Roldanillo, como tampoco lo ha hecho Juan Carlos durante las últimas décadas, excepto una noche que estuvo de paso.

Para la época en la que el muchacho decidió partir, Nancy y la abuela aún vivían juntas. Entre ambas lo cuidaban cada vez que decidía regresar. Parecía estar hecho un harapo. No cabe duda que andar la calle resultó ser una dura lección. Era el precio que tenía que pagar por deshacerse de los malos tratos en el hogar. Sin embargo, esa no era la primera vez que hacía algo así. La verdad es que un tiempo antes de que se decidiera a abandonar la casa, Juan Carlos tuvo una experiencia que incluso lo llevó por accidente a otro país. Una experiencia que le dejó ver el temple del que estaba hecho y de lo que en adelante sería capaz de maquinarse.

En palabras de Juan Carlos Guzmán Betancur:

“Como de costumbre, un día mi madre me envió a que me quedara con la abuela. Me dijo que pasara una temporada allá y enseguida lo acaté. Para entonces ya mi abuela había vendido la casona e ido a vivir de arriendo a Roldanillo, a la ciudad, propiamente dicha. Cambió de casa una y otra vez. Por un tiempo estuvo en un barrio llamado La Asunción, al que le decían 'el de los polvoreros', porque de las diez cuadras que tenía ese lugar al menos nueve estaban ocupadas por familias que se ganaban la vida trabajando con la pólvora.

1 Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

“Una de mis tías, Marcia¹, vivía con sus hijos justo en la calle de atrás de donde se había pasado mi abuela. Yo iba allá todos los días a jugar con mis primos. Sólo debía cruzar un portón ubicado en la parte posterior de la casa y atravesar una especie de granja para llegar. Solíamos pasar todo el día corriendo de un lado a otro, subiendo, bajando. En fin, cosas de chicos. Me gustaba la natación, pero nunca fui lo suficientemente bueno para eso. Después me llamó la atención el ciclismo, pero por falta de recursos no pudieron darme una bicicleta, así que nunca llegué a practicar ningún deporte. Cuando terminaba el día con mis primos, regresaba a la casa de la abuela. Era algo de lo más normal, hasta que un día, después de que había regresado, sonó una explosión durísima que sacudió al barrio entero. ¡Boom! Cuando salimos a ver qué ocurría, una de las casas de la cuadra había desaparecido. Voló en mil pedazos mientras la familia que allí vivía trabajaba haciendo fuegos de artificio. Esa vez murieron dos chavales. De ahí en más no recuerdo mayor cosa de Roldanillo”.

Aunque comparten el mismo apellido, son contemporáneos y crecieron en el mismo pueblo, Carlos Fernando Guzmán es un comerciante que no tiene ningún parentesco con Juan Carlos. Asegura haberlo conocido cuando eran adolescentes en medio de gavillas de muchachos que salían a las calles a jugar en bicicleta o nadar en el río tanto en Roldanillo como en el pueblo vecino de Bolívar. Sin embargo, fue poco lo que llegaron a relacionarse por la timidez que, sostiene, caracterizaba a Juan Carlos, quien por entonces compartía amistad sólo con un chico de toda la gallada del que decían que era su pareja.

En aquella época también habría trabajado con uno de los polvoreros del barrio La Asunción a quien le colaboraba con la contabilidad, pero se rehusó a aprender más del oficio. Quienes le conocieron en esos años aseguran que desde entonces era sabida su obstinación por los viajes y los aviones, pero lo consideraban un iluso. En ese tiempo era más probable que un mancebo sin recursos como él se convirtiera en otro narcotraficante de la zona que en un verdadero trotamundos.

Carlos Fernando Guzmán recuerda:

“Conocí a Juan Carlos cuando teníamos unos doce o trece años de edad. Incluso hoy en día hay quienes me preguntan si somos familiares, por aquello del mismo apellido, pero en absoluto. Apenas si cruzábamos saludo cuando salíamos en gavilla a jugar por las calles de Roldanillo, donde, dicho sea de paso, he vivido toda mi vida. Aquí íbamos a nadar al río o pedaleábamos en nuestras bicicletas hasta Bolívar, que es enseguida, y allí también nos poníamos a jugar en un arroyo. En esas fue que lo conocí, pero sólo de vista, porque en realidad era muy tímido. No hablaba con nadie, salvo con un amigo en común de quien llegaron a decir que era su novio, aunque hoy en día el tipo tiene esposa e hijos.

“En un momento que no preciso bien, Juan Carlos resultó trabajando como ayudante de contabilidad de uno de los polvoreros del pueblo. Resulta que en Roldanillo la pólvora es un negocio ancestral, y ese señor era el padre de uno de los chicos de la gallada. Le decíamos don Pacho. En épocas de festividades llegaba a hacerse millones de pesos por las ventas de fuegos artificiales, así que necesitaba quién le diera una mano en la contabilidad, y ese resultó ser Juan Carlos. No sé decir tampoco cuánto tiempo trabajó ahí, pero lo cierto es que don Pacho le sugirió que aprendiera más del oficio, es decir, que se pusiera también a manipular pólvora, pero Juan Carlos le respondió que no se iba a poner en eso, que a él lo dejara con las cuentas. Eso fue algo que supe porque el hijo de don Pacho, mi amigo, me lo comentó.

¹ Nombre cambiado para proteger la intimidad de la persona.

“Desde esa época era conocida también su afición por los aviones. Le decía a don Pacho que algún día él estaría volando uno, pero claro, la gente no le prestaba atención, lo veía como un iluso. En esos años los referentes en el pueblo eran los mafiosos y sus lugartenientes. Todos los muchachos de la época alucinábamos con los carros y las motos de esos tipos, que se paseaban por las calles como Pedro por su casa. Nos parábamos en las esquinas a verlos pasar y a comentar sobre tal o cual carro era mejor que otro. De hecho, especulábamos con la posibilidad de que sólo sería cuestión de tiempo para que alguno de nosotros terminara vinculado con alguno de esos tipos para lucir también esos lujos. Sin embargo, Juan Carlos nunca hizo parte de esas cotilleos. Nunca hacía ningún comentario, como si eso no le motivara en lo más mínimo. Eso fue algo que siempre me generó curiosidad en él, saber cómo interpretaba la actitud de esos mafiosos”.

De aquella época, Juan Carlos Guzmán Betancur comenta:

“Había muchas cosas en el pueblo que no les prestaba atención o que para mí pasaban desapercibidas. Me eran ajenas y, como tal, no las tengo ni siquiera en mi memoria. De esa época, en cambio, sí tengo muy gratos recuerdos de mi abuela. Crío a sus cinco hijas sola porque a mi abuelo lo asesinaron cuando mi madre tenía nueve años. Él era arriero y maltrataba mucho a mi abuela, pero ella no se amargó. Resultó ser una persona muy cariñosa con sus nietos, sin que eso le quitara en lo más mínimo lo estricta que pudiera ser. Cuando me quedaba con ella debía responder por todos los deberes del hogar, pero no era algo por lo cual me sintiera maltratado. Eso, en cambio, sí me sucedía a menudo con mis padres y el ambiente conflictivo que imperaba en la casa, a donde tuve que regresar después de pasar aquella temporada con la abuela.

“Por ese entonces Carlos Daniel había decidido marcharse de la casa. Aquello nos dejó muy tristes a Edward y a mí. Al poco tiempo, como tratando de aligerar la situación, Jaime apareció con unos boletos para nosotros. Era de un espectáculo maravilloso y a los pocos días nos llevó. Era la primera vez en mi vida que veía algo así. Se trataba de Walt Disney World Holiday on Ice, un show que estaba de gira por Colombia y que había llegado a Cali. Nunca antes había visto siquiera una pista de hielo, así que todo eso me dejó realmente sorprendido. Allí, en medio del coliseo, estaban todos los personajes de Disney que veía en la televisión. Danzaban en patines mientras eran seguidos por luces multicolores y toda clase de cochecitos mecánicos. Aquel día fue fantástico para mí.

“Cuando el espectáculo acabó no tenía ganas de irme. Al otro día, en la mañana, me escapé de clases y regresé para volver a verlo. Era el último día de funciones, aunque a esa hora no había presentación. Mientras merodeaba por el lugar tratando de colarme me topé de frente con uno de los tipos que integraba el espectáculo. No hacía parte de la función, pero sí del montaje y todo eso. Era un hombre algo maduro ya, un canadiense que hablaba algo de español. Le conté lo mucho que me había impresionado el show y que por eso había regresado. Cruzamos un par de palabras más. Le dije que alguna vez me gustaría hacer parte de algo así y entonces, entre comentario va y comentario viene, el tipo me sale con la propuesta de que me fuera con ellos. Fue directo:

- ¿Por qué no te vienes con nosotros? -me preguntó.

“Fue así como lo dijo, sin más, sin ponerse con rodeos.

- ¿Y qué tengo que hacer? -le respondí.
- Vente por aquí mañana en la mañana, pero que sea antes de las diez, ¿ok? Yo te ayudo para que te vayas, si quieres -dijo.

“No le creí mucho en ese instante, pero de todos modos no perdía nada con probar. En la casa, ni siquiera comenté el asunto con Edward. Al otro día salí temprano a estudiar, pero a medio camino del recorrido me bajé del autobús. Fui directo donde vi al tipo el día anterior y allí lo encontré de nuevo. Me dijo que habían madrugado a desmontar todo el andamiaje porque ese mismo día debían partir a otro lugar. No hablamos mayor cosa esa vez. Me dice:

- Entonces, ¿te animas a venir con nosotros?

“Recuerdo haberle preguntado si estaba hablando en serio, entonces me responde como enfadado:

- Yo no le hago perder tiempo a la gente. Si te interesa, sólo aguarda el momento y yo te digo lo que tienes que hacer. De lo contrario, puedes regresar a tu casa.

“Le dije que sí, que sí me quería ir. Me sugirió que fuera dar una vuelta mientras él preparaba todo para ayudarme a entrar. Le hice caso. No sé cuánto tiempo estuve andando por ahí para quemar tiempo. Aún así cuando regresé resultó ser muy temprano. Me pidió que volviera dentro de un rato más. Luego de eso me aparecí de nuevo por el lugar y entonces nos encontramos para concretar la cosa. Hizo que lo siguiera hacia un escampado donde había varias cosas de utilería y aquellos cochecitos del espectáculo.

- Métete allí, rápido -me dijo señalándome con el dedo uno de los cochecitos.

“Obedecí sin miramientos. El caso es que el cochecito ese ardía como el infierno porque estaba cubierto con una lona gruesa para evitar que se rayara. Lo habían dejado junto a otros, listo para que lo subieran a un trailer. El sofoco era impresionante, pero podía más la gana. Así que me quedé ahí callado, tratando de no moverme. Luego de un tiempo sentí que subieron el cochecito al camión y cerraron la puerta. Después, empezamos a movernos. Recuerdo bien que el trayecto no se me hizo largo. Llegamos a algún sitio y bajaron todos los cochecitos, incluido en el que yo iba, y los dejaron un buen rato en pleno sol. ¡Putá madre! Estaba por asfixiarme del sofoco. Me entró el desespero y entonces levanté sólo un poco la lona que me cubría para que entrara algo de aire. En ese momento alcancé a ver una rampa, me refiero a una rampa de avión.

- ¡Mierda, estamos en el aeropuerto! -me dije.

“Desde donde me encontraba alcanzaba a ver la parte posterior del avión en el que estaban subiendo las cosas de show. Era como una serie de paneles de carga, pero nadie revisaba nada. Iban subiendo las cosas conforme les llegaban. Ahora me pregunto por qué los inspectores de la aduana ni siquiera andaban por ahí, pero lo cierto es que fue así como pasaron las cosas.

“Como sea que en ese momento no entendía nada del asunto, volví a cubrirme con la lona. Podía escuchar una decena de tíos caminando por entre los cochecitos y, de repente, siento que me suben al avión. Luego de un rato comenzamos a rodar por la pista y acelerar haciendo un ruido insoportable. Al instante estábamos volando, pero yo no tenía ni puta idea a dónde íbamos. El viaje se me hizo eterno, aún así nunca me bajé del cochecito. Al cabo de un buen rato sentí que empezábamos a aterrizar. Entonces, hubo un par de sacudidas que llegaron a asustarme. Todo ahí sonaba como si se fuera a desbaratar. Al cabo de unos minutos la cosa se normalizó, parecía que flotáramos, y luego ¡pum!, el golpe seco de las ruedas contra el piso.

“Al igual que en el embarque, allí también estuve un buen rato. Para entonces había perdido la noción del tiempo. No podía calcular ni siquiera qué hora era. Luego, abrieron la compuerta y empezaron a bajar la carga, incluido el cochecito en el que yo iba. Tampoco hubo ningún tipo de inspección. Metieron las cosas en un camión como de veinte ruedas, un contenedor gigantesco que de lo mismo grande se demoraron en llenar. Cuando estuvo fletado lo pusieron en marcha no sé hasta donde. Sentía que rodábamos pero no sé decir si fue corto o largo el recorrido, sólo que después de un rato lo aparcaron y nunca más lo volvieron a mover. Tampoco sentí hambre o fatiga, debió ser por los mismos nervios que tenía. En todo ese tiempo no llegué a correr la lona que cubría el cochecito. Se me hizo una eternidad, y así debió ser porque cuando abrieron la puerta del camión me di cuenta que era de mañana. Mejor dicho, llevaba guardado desde el día anterior y pasado toda la noche sin darme cuenta.

“Cuando empezaron a bajar las cosas fue que me descubrieron. Un tipo levantó la lona y entonces me vio dentro del cochecito:

- ¡¿Qué coño haces ahí?! ¡¿Quién eres?! -me preguntó sorprendido.

“Ni siquiera le respondí. Estaba tan aterrado como él. Apenas atiné a preguntarle dónde estaba.

- En Caracas, chamo, en Caracas... -me dijo.
- Caracas, ¿Venezuela? -le pregunté aún aturdido.
- ¡¿Cuál otra pueh?! -me respondió enfadado haciéndome salir del coche.

“El tipo era tosco, muy al contrario del que me ayudó a meter ahí, quien a propósito no volví a ver en la vida. Me explica que estamos en el Poliedro de Caracas, un coliseo donde se va a montar el espectáculo de Walt Disney World Holiday on Ice. Me lleva hacia una de las oficinas que hay dentro del lugar y allí me deja con un dependiente. Este otro sujeto me pregunta de todo: quién soy, dónde están mis padres, dónde vivo... El caso es que no le suelto ni el número de teléfono, menos aún la dirección de la casa. Honestamente, no la recordaba, sólo sabía llegar a ella y ya. Nunca he sido bueno con las direcciones, sólo me guío por las cosas y así puedo llegar. Fue algo que me quedó de andar por la finca en Fusagasugá. Aparte de eso, no me interesaba volver a casa.

“Después de un rato el tipo no me pregunta nada más. Luego llegan al sitio unas personas de protección de menores y dicen que se van hacer cargo de mí. Me conducen a una dependencia donde me preguntan lo mismo que aquel sujeto, pero tampoco les digo mayor cosa. Los tíos estos pensaban devolverme a Colombia, pero como yo era menor de edad no podían simplemente meterme en un avión y olvidarse del asunto. ¿A quién me entregarían? Además, las cosas habían sucedido en suelo venezolano, por lo que era su obligación protegerme hasta que se aclarara la situación. Entonces deciden llevarme a una especie de internado.

- No te preocupes -me dice un tipo de los que me recogió-. Aquí estarás apenas unos días mientras encontramos a tu familia.

“Lo cierto fue que los días se convirtieron en meses. Ocho, para ser exactos. Yo definitivamente no quería volver a casa, así que me propuse pasarla bien el tiempo que estuviera allí. El sitio resultó ser una cuna de la rutina, pero a todas veras soportable. Tres veces por día debíamos cantar el himno de Venezuela, al punto de que lo tarareaba incluso dormido. No había psicólogos ni trabajadores sociales, solamente el director, la maestra y la secretaria. En cambio los chavales sumábamos como ochenta. Todo un batallón. Me la pasaba jugando con ellos todo el tiempo. De repente empecé a sentir que la

vida había decidido darme una chance, y la verdad es que pese a las circunstancias, las cosas no pintaban tan mal.

“Usualmente permanecíamos en el segundo piso de la casa, que era donde quedaban los dormitorios. Metían como de a ocho chavales por cuarto en unas literas estrechas, pero yo no tenía queja alguna. En la planta de abajo quedaba la administración y el comedor, así como un jardín al que también íbamos a jugar. Por lo que pude saber, la casa le pertenecía a una señora de mucho dinero de Caracas. Ella misma costeaba buena parte de los gastos que allí se originaban, pese a que el hogar estaba a cargo del Instituto Nacional del Menor, una entidad del gobierno.

“Una vez, mientras veíamos una película, se me acerca la secretaria y me dice: 'Tienes que empacar porque te vas'. Así, sin más. Sin ninguna explicación. Al día siguiente me subieron en un autobús de la Guardia Nacional con un grupo de deportados. Todos eran mayores de edad, yo era el único menor. Recuerdo que un guarda también subió y le dijo a otro:

- Mira, a él no lo vayas a poner atrás con los adultos porque de pronto le hacen algo y nos lo cobran como nuevo ¿oíste? Él se tiene que ir aquí, al frente -le indicó señalándole una silla en la que iba una señora deportada.

“Así que me sientan allí y me conducen hacia la frontera, a Cúcuta¹. Ni bien llegamos me entregan en las oficinas del DAS². Me pasaron a manos de un agente que apenas me vio les preguntó:

- ¿Y este niño quién es?
- No tenemos idea. Lo traemos desde Caracas -le dijeron, y sin mayor explicación le pasaron un sobre con unos documentos.

“El sujeto se me quedó viendo como pensado: '¿Y ahora qué hago con este?', y sólo atinó a decirme:

- Eres bastante alto para tu edad, ¿no? ¿Cuántos años tienes?
- Trece -le respondí.
- Pareces mayor, sobre todo con esa ropa.

“Resulta que la señora de la casa tenía un hijo casi tan alto como yo. Un joven adulto, y mucha de las camisas y pantalones que no usaba me la pasaban a mí. Así que casi siempre andaba con esa ropa. Luego el agente me explicó que no podía meterme en un calabozo con los demás deportados. Me llevó a los dormitorios del personal y me instaló en una de las literas. Después de eso toda la gente que trabajaba allí con él empezó a hacer una serie de averiguaciones, de tal modo que al cabo de pocos días dieron con mi madre. Le dijeron que me tenían allí, así que ella viajó hasta Cúcuta para recogerme.

“El reencuentro no fue nada emotivo. Apenas lo normal. Mi madre debió llenar cualquier clase de documentos antes de que me dejaran volver con ella, y ya en el camino me dijo que llevaban mucho tiempo buscándome. Me comentó que incluso habían ido a las morgues porque no sabían nada de mí y que me daban por muerto. Mi hermano Edward, que era el que aún vivía en la casa, se deprimió mucho

1 Cúcuta es la capital del departamento de Norte de Santander. Está situada al nordeste de Colombia, en la frontera con Venezuela.

2 El Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) era el principal centro de inteligencia estatal de Colombia. Llevaba a cabo operaciones de control migratorio de nacionales y extranjeros, protección de personalidades, policía judicial y antiterrorismo, entre otras. El 31 de octubre de 2011 el presidente del país, Juan Manuel Santos, expidió el decreto 4057 mediante el cual se suprimió esa entidad luego de un escándalo por interceptaciones telefónicas ilegales.

por esa circunstancia y tuvieron que llevar a un hijo de Jaime para que le hiciera compañía. Sentí mucha pena por él en ese instante”.

Juan Carlos regresó a casa con sus padres, pero no por mucho tiempo. Su huída en el avión y posterior reencuentro poco parecía haber significado un cambio en el modo en que se llevaban las cosas en el hogar, si es que alguna vez llegó a existir alguna intención de cambio. Por aquella época Carlos Daniel hacía meses que no vivía junto a ellos, y salvo Edward nadie allí parecía valer realmente la pena, acaso también la abuela, a donde, como de costumbre, fue enviado de nuevo por su madre. Al respecto recuerda:

“Luego de que me regresaron de Caracas mi madre me acogió sólo por unos días en la casa y después, como de costumbre, decidió enviarme donde la abuela una temporada. Sin embargo, ya había estado tanto tiempo por fuera que tampoco me pude acostumbrar a vivir de nuevo con ella. Había visto ya el ejemplo de mi hermano mayor, que antes se había marchado de la casa, y Edward se puso bien al saber que yo no estaba muerto. Entonces pensé que mi momento había llegado. Soy de impulsos. El viaje con la gente de Walt Disney había surgido de ese modo y dejado ver de lo que estaba hecho. A mi parecer la experiencia había resultado positiva. Incluso la pasé bien en el albergue y ya sabía a lo que podía enfrentarme estando solo. Entonces me volví a ir. Me puse a andar la calle. Sin embargo, esa vez las cosas fueron diferentes. La vida que me tocó vivir fue mucho más dura que antes.

“No me entusiasma hablar mucho de esa época. Me trae malos recuerdos... Un día se me antojó irme de la casa y ya estuvo. No le dije nada a nadie, ni siquiera a mi propia abuela. Me llevé sólo lo que tenía puesto. Vivía en la calle y comía de la basura. Fue una época terrible que prefiero olvidar, pero pese a todo era mejor que estar en casa. Al menos podía darme la chance de experimentar. Duré así unos tres años, como hasta que cumplí los dieciséis.

“Mantenia solo. No hice amigos en el mundo de la calle, aunque tenía varios conocidos. Curiosamente, no me volví adicto a las drogas. Eso es algo que valoro en mí. Ahora bien, no voy a negar que sí he fumado un par de canutos en mi vida, tanto en esa época como muchos años después, cuando pude estar en Amsterdam. Aquello es harina de otro costal en este punto de mi historia. Sólo lo traigo a colación para decir que no he sido un santo. Desde que me levantaba hasta que me acostaba en Amsterdam pasaba metiendo porro. Fue cosa de una semana nada más... En fin. Mientras era un chaval, mientras estuve recorriendo la calle en Colombia, sólo probé cocaína una vez. La verdad fue que no me gustó. Hubo varias ocasiones en las que me convidaron. Ese es el pan de cada día cuando vives en la calle. Pero yo no quería ir de para atrás como toda esa gente, así que me alejé de todo eso.

“En esa época conocí toda Colombia de cabo a rabo. No pasaba más de una semana en una ciudad, caminaba todo el día y dormía donde me cogiera la noche. En ese tiempo fueron muchos los insultos y humillaciones que debí soportar. Quienes más me pisotearon fueron las personas con dinero de este país. En cambio, la gente de clase media fue la que más me colaboró. Sin duda, son más compasivas con el dolor ajeno, mientras las personas ricas no. Recuerdo bien que desde entonces empecé a odiar a los ricachones. Tengo motivos de sobra para ello.

“Una de las experiencias más dolorosas de ese tiempo la viví en Cartagena¹, cerca del Hotel Caribe². No logro acordarme cómo llegué ahí, pero sí del hambre que tenía. Llevaba varias horas sin comer nada y mientras caminaba por la Avenida San Martín, una calle atestada de restaurantes, vi a unos padres jóvenes con sus dos niños que estaban terminando de almorzar. Era gente pudiente, se les notaba en su aspecto y en su vestir. Mientras pasaba frente a ellos observé un plato de comida que uno de los niños apenas si había tocado y que la camarera estaba por alzar. Me quedé parado allí, esperando que me convidaran un bocado. La mujer del servicio se conmovió, pero cuando intentó pasarme el plato la ricachona se dio cuenta y le lanzó un grito que despidió a todos cuantos estaban en el lugar:

– ¡Tire eso a la basura! -le dijo- ¡Esa maldita gente no se merece nada!

“Ni siquiera dije algo. Me quedé allí, con los ojos aguados. A poco estuve de ponerme a llorar. No era la primera vez que me humillaban, pero sí la primera que me sentía de un modo tan despreciado. Las humillaciones habían venido de a poco y sumado un montón. Pero en vez de abatirme más, con el tiempo me fortalecieron. Hay una canción que me recuerda esos momentos, una de Phil Collins, 'Another Day in the Paradise'³. Dice algo como:

*Ella llamó al hombre en la calle
“Señor, ¿puede ayudarme?
Hace frío y no tengo lugar dónde dormir
¿Puede recomendarme algún lugar?”*

*Él siguió caminando, no miró atrás
Simulaba no poder oírla
Comenzó a silbar mientras cruzaba la calle
Parece vergonzoso estar allí*

*Oh, piénsalo dos veces, es otro día para
ti y para mí en el paraíso
Oh, piénsalo dos veces, es otro día para ti,
para ti y para mí en el paraíso...*

“Es una canción evocadora. Una de las mejores letras que he escuchado para uno de los peores momentos de mi vida. Aún así, en ese entonces, no me sentí derrotado. Llevaba unos tres años en la calle, pero era joven, no tenía nada que perder. De hecho, mi familia -todo lo que había podido significar algo para mí- la había perdido también. Tampoco podía llegar más bajo, así que todo cuanto se me pasara por el frente sería ganancia. Estaba dispuesto a ganar tanto o más que quienes me humillaban. Era sólo cuestión de tiempo para encontrarme otro gilipollas ricachón que quisiera venir a

-
- 1 Cartagena de Indias es la capital del departamento de Bolívar, en Colombia. Es el primer centro urbano en importancia del Caribe del país y desde 1991 fue designada como distrito turístico, histórico y cultural. A partir de su fundación en el Siglo XVI y durante la época colonial española fue el puerto más importante de América, caracterizado por sus murallas, las cuales hoy en día existen.
 - 2 El Hotel Caribe es el primero que se construyó en Cartagena de Indias. Se encuentra localizado en el sur de la ciudad, en el distrito turístico de Bocagrande. En abril de 2012 fue conocido internacionalmente luego de que doce agentes del Servicio Secreto de Estados Unidos que garantizaban la seguridad del presidente de ese país, Barack Obama, en el marco de la VI Cumbre de las Américas, resultaron involucrados en un escándalo con prostitutas, lo que nunca representó un riesgo para la seguridad estadounidense, según una investigación militar revelada el 3 de agosto de 2012.
 - 3 “Another Day in the Paradise” (traducida aquí para propósitos de comprensión de lectura) fue escrita para resaltar el problema de las personas sin hogar. Hace parte del álbum “...But Seriously” (1989), de la agrupación inglesa Genesis, liderada por Phil Collins entre los años 1976 y 1996. La versión de Collins llegó a ocupar el puesto número 86 en el ranking de las mejores canciones de todos los tiempos elaborado por la revista Billboard.

fastidiarme, y si así era la cosa, entonces yo lo fastidiaría primero”.